

---

José Luis Orozco\*

---

---

*Darwinismo*  
y *ELITISMO CORPORATIVO*

---

Es común aceptar que la teoría de las élites llega a los Estados Unidos a mediados de la década de los treinta, con la traducción del *Tratado de Sociología General* de Pareto (1935) y su inserción —con reservas— en el análisis político de Harold Lasswell. Pareto traía a América, según esa versión, los vientos elitistas que en Europa soplaban hacia el fascismo; más como recurso metodológico que como recurso ontológico, Lasswell y sus discípulos lo hallaban útil para descifrar ciertos crucigramas del poder político en los que *algunos* obtenían *algo* y lo hacían de *alguna* manera. Burnham, el “ontologizador” (1941), se veía entonces solamente como el herético al medio de la izquierda trotskista de los treinta y la rabiosa derecha de los cincuenta. El caso es que, aunque se le considerase marginal en lo sustantivo-político, descriptor en el mejor de los casos de la realidad europea posliberal, el elitismo sigue allí un camino que lleva a compatibilizar el “paradigma pluralista” y el “paradigma organizacional” en la “trama científica” de la “poliarquía” de Robert Dahl.

No es sino hasta 1967 que Peter Bachrach acusa al juego de las combinaciones del “elitismo democrático” de haber desembocado en una teoría “plenamente a tono con el rápido deslizamiento hacia la mayor concentración del poder en manos de las élites gerenciales. . .”<sup>1</sup> ¿Por qué la pas-

\* Jefe de la División de Estudios de Posgrado de la FCPyS. Autor de *La pequeña ciencia. Una crítica de la ciencia política norteamericana*, México, FCE, 1978; *Notas del país darwiniano*, México, UNAM, 1981, y *Henry Adams y la tragedia del poder norteamericano*, FCE, 1985.

<sup>1</sup> Peter Bachrach, *The Theory of Democratic Elitism. A Critique*, Boston and Toronto, Little, Brown and Company, 1967, p. 98.

mosa anacronía de Bachrach? ¿Por qué la ciencia política de Bachrach denuncia, apenas entonces, un planteamiento formulado claramente cerca de cien años atrás y denunciado mucho más radicalmente por lo menos setenta años atrás en los Estados Unidos? ¿Por qué Bachrach “descubre” una temática que ha sido la ideología orgánica de los Estados Unidos desde la última década del siglo XIX? ¿Dónde está, finalmente, el nexo o la continuidad entre Bachrach y los viejos clásicos populistas y socialistas del antimonopolismo, los clásicos olvidados de Henry Demarest Lloyd o William Ghent?

Lasswell y Dahl, y con ellos todos los pequeños y grandes especialistas de la ciencia política norteamericana, tienen desde luego que ver con el olvido —y el sofocamiento— de la dimensión crítica y radical. El miedo, matemática y empíricamente avalado, al “salto analítico” de la política a la economía y viceversa —salto que su ciencia sólo autoriza en términos paretianos, lo cual nos dispara a la teoría de los juegos o a la de la *decision-making*— procede del temor a exhibir la disociación entre la política democrático-electoralista y la economía corporativo-oligárquica que se opera a partir de los últimos años del siglo pasado. Más importante aún, si las cláusulas microanalíticas y macroanalíticas permiten, por caso, descalificar los análisis de C. Wright Mills (1956) como “ajenos” a la disciplina, esas cláusulas y contracláusulas impiden calar en el hecho de que los Estados Unidos son la primera nación occidental que abandona (si alguna vez lo adoptó estructuralmente) el doctrinarismo político liberal y adopta las formas de organización capitalista financiera más adecuadas a la etapa del imperialismo, las del corporativismo ideológicamente legitimado por el darwinismo social.

Es cierto que el pragmatismo declara clausurar ya antes de 1910, con James y Dewey, los días darwinistas del pensamiento y la acción norteamericanos, y es cierto que el behaviorismo y el empirismo disfrazan y diluyen sus vestigios en la insipidez de la encuesta y la estadística. Pero es cierto igualmente que el desdén de la izquierda académica norteamericana hacia el “pseudoteoricismo” y la “falta de imaginación” de un Herbert Spencer (1820-1903) visto como el manipulador “de segunda mano” del *laissez-faire* no le permite evaluarlo sino como a alguien que “da con frecuencia la impresión de haber establecido algo como un monopolio en el mercado ideológico de su tiempo”.<sup>2</sup> Impresión equivocada, no se dude, si nos remontamos al Marx que se rehusa siquiera a mencionarlo y polemiza solamente con los economistas a la altura clásica, justamente los predarwinianos Malthus, Ricardo o Mill. Tal vez filosófica y

<sup>2</sup> William Appleman Williams, *The Contours of American History (1961, 1966)*, New York, New Viewpoints, A Division of Franklin Watts, Inc., 1973, pp. 329 y 330.

económicamente superficial, plano y caricaturizable, Spencer elabora, sin embargo, paralelamente —y posteriormente— a Marx, lo que bien podríamos llamar, y yo llamo, el materialismo histórico del capitalismo. “Lo que realmente nos importa conocer es la historia natural de la sociedad”, postula desde los primeros hasta los últimos apuntes sistemáticos.<sup>3</sup>

Nadie que haya hojeado el itinerario intelectual de Darwin puede dejar de lado la “notable habilidad y vigor” que éste acredita a Spencer, su reconocimiento a quien desde 1852 bosqueja las categorías luego darwinianas de la selección natural, la adaptabilidad y la aptitud, la diversificación estructural y el desarrollo mental.<sup>4</sup> Como Marx, Spencer incursiona en el universo del capitalismo industrial maduro; a diferencia de aquél y de frente a la supuesta contradicción insuperable entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción de ese capitalismo, su actitud celebratoria busca asegurar la expansión ilimitada de su potencialidad por la vía de la organicidad-organización, por la del diseño del sistematicismo estructural-funcionalista y precibernético, por la de la ruptura con la unilinearidad e inmutabilidad del viejo positivismo comteano y utilitarista. Ante la dialéctica la combinatoriedad orgánica; ante la historia deshilvanada y sin valor orientador la directriz limpia y correcta de “las ciencias orgánicas”; ante el *over-culture* intelectualista y sus “fórmulas muertas” el *vital knowledge* y el “cristianismo muscular” que serán decisivos para la supervivencia de los más aptos.

En un estricto sentido, Spencer es el filósofo y el ideólogo de la fase del capitalismo monopolista simple, la que ocurre aproximadamente entre 1860 y 1900. Como tal, es el mayor intelectual orgánico de las superentidades económicas privadas todavía enclavadas (particularmente en el mundo anglosajón) en el terreno de los contratos, las asambleas de accionistas y la sociedad civil, y por ello el heredero de los valores clásicos smithianos disociados de la idea democrática francesa que operarán en adelante como los “correctores económicos” del sufragio universal capitalista. La biología desbanca, con Spencer, a la *volonté générale* y replantea las nociones del *ensemble* y la unidad sociales en los términos de las nuevas estructuras corporativo-privadas y sus funciones dinámico-selectivas. Frente al vago, y peligroso, contrato social rousseauiano, el “contrato fisiológico” spenceriano no tiene fisura alguna: “. . . la base

<sup>3</sup> Herbert Spencer, *Education: Intellectual, Moral, and Physical (1860)*, New York, D. Appleton and Company, 1888, p. 67.

<sup>4</sup> Ver Charles Darwin, “An Historical Sketch of the Progress of Opinion on the Origin of Species, previously to the Publication of This Work” (1861, esp. p. 34), incorporado a la tercera edición de *The Origin of Species* (orig. 1859); ya en el texto, las referencias aparecen en las pp. 115 y 116, 151 y 152 y 198 de Darwin. *A Norton Critical Edition*, Nueva York, edited by Philip Appleman, W.W. Norton & Company, 1970.

universal de la cooperación es la proporcionalidad entre los beneficios recibidos y los servicios prestados. Sin ella no puede haber división fisiológica del trabajo; sin ella no puede haber división sociológica del trabajo. Y puesto que la división del trabajo, el fisiológico o el sociológico, reditúa para el todo y para cada parte, del mantener el orden que ella impone depende tanto el bienestar particular como el general. En una sociedad, ese orden se mantiene solamente si se realizan convenios explícitos o tácitos. Así que, más allá del imperativo primario de la coexistencia armoniosa en una sociedad —el de que sus unidades no se agredan directamente las unas a las otras—, el segundo imperativo radica en que no se agredan indirectamente con el incumplimiento de sus acuerdos”.<sup>5</sup>

Cláusula principal: el contrato fisiológico de Spencer jamás presupone la igualdad; incluye, sí, el criterio cuantitativo de *medida* a partir del cual se dará “en una forma más científica” la aproximación a las “relaciones equitativas” de los individuos que coexisten y cooperan. Sin rehuir el análisis de clase, el “delineamiento del sistema industrial” acepta así, por un lado, que el contrato desahucie al *status* legado por el militarismo al instaurar la “plasticidad relativa” de la sociedad industrial, que aumenta la independencia y disminuye la subordinación; y, por el otro, la imposición natural-funcional de una jerarquía cuyas raíces se hunden en el sentido humano último de la *proprietorship* —“el hecho de que incluso los animales inteligentes desarrollen un sentido patrimonial niega la suposición propuesta por algunos de que el hombre primitivo no reconocía la propiedad privada”. Ahora que afirmar que “las distinciones de clase se remontan a los orígenes de la vida social” no implica que procedan del simple impulso biológico sino de la compleja articulación entre propiedad y aptitud, sexo y guerra, consenso y administración, politicidad y productividad: no es otro el contenido de la fórmula spenceriana sobre la universalidad de “una clase dominante y una clase dominada”.<sup>6</sup>

Aunque la formación histórica de la dominación parezca darse dialécticamente en Spencer, su expresión “sociológico-descriptiva” carece, empero, de todo resquicio por autonomizar siquiera mínimamente el proyecto, anti-natural, de una clase subordinada, su conversión en una “clase para sí”. Cuando Spencer habla de la integración de las clases en simples, compuestas, doblemente compuestas y triplemente compuestas, habla de grandes bloques mecánicos que reproducen internamente las funciones y subdivisiones universales (corporativas), que obedecen

<sup>5</sup> Herbert Spencer, *The Data of Ethics*, Nueva York, A.L. Burt Company, Publishers, 1879, pp. 173 y 174.

<sup>6</sup> Herbert Spencer, *Principles of Sociology* (1876-1896), edited by Stanislaw Andreski, Archon books, Hamden, Conn., 1969, en particular los capítulos XV y IV de la segunda parte, pp. 469 y ss. y pp. 239 y ss.

a una lógica oligárquica sujeta para siempre a los procesos naturales de la agregación (homogeneidad) y la diferenciación (heterogeneidad y control). Al sumirla en el proceso orgánico mayor, la clase social se supedita a la evolución que “bajo su modalidad fundamental representa el cambio de una forma menos coherente a una forma más coherente, como consecuencia de la disipación del movimiento y la integración de la materia”. Anticipándose por igual a la mística neoliberal del equilibrio y a la ley de hierro de la oligarquía, la teoría del *equilibrium mobile* de Spencer se desliza en el juego de los equilibrios funcionales que “generan equilibrios estructurales”. Ello valida para la clase, como para toda entidad orgánica, el principio de que “si su equilibrio inestable es destruido, lo uniforme ha de gravitar con rapidez acelerada dentro de lo multiforme. Y de esta manera la supremacía y la subordinación deben establecerse por sí mismas, como vemos que lo hacen, a lo largo de la estructura entera de la sociedad, desde las grandes divisiones de clase que atraviesan todo su cuerpo hasta las camarillas pueblerinas e incluso, más abajo, hasta cualquier pandilla de muchachos de escuela”.<sup>7</sup>

La *bio-lógica* que rebasa en su naturalismo al “sistema regulador político” dicta entonces que, más que a una “clase trabajadora” indefinible por su generalidad, ubicua y atomizable en una sociedad industrial donde “por fuerza el trabajo libre y el contrato cobran impulso conjuntamente (en tanto) son correlativos”, la iniciativa histórica se conceda al paradigma organizativo capaz de alcanzar en aquella sociedad el mejor equilibrio en “la coexistencia universal de fuerzas antagónicas”. Si para Marx llega la hora de la cancelación revolucionaria del capitalismo acosado por sus propias contradicciones, para Spencer llega la hora de entender, y bien, las “metamorfosis sociales causadas por el régimen industrial”, de expandir las estructuras y las funciones sociales cuya consonancia con la evolución es científicamente incuestionable. Sin omitir del todo una clase que “al adquirir la propiedad y el conocimiento” no solamente “se vuelve diferente de las demás sino que asume el control sobre las demás”, la nueva dialéctica de la organización y el equilibrio plantea que “el avance en la organización, al igual que el avance en el crecimiento, conduce a un mejor equilibrio de las funciones industriales”. Al margen de la plusvalía o la explotación, su imperativo categórico es superar la “extrema imperfección” de la oferta y la demanda mediante las integraciones y combinaciones industriales y financieras que controlen las oscilaciones bruscas de la producción y el consumo. Adoptándolas, “cada sociedad mostrará tan sólo desviaciones menores de su cifra promedio, y el

<sup>7</sup> Herbert Spencer, *Firts Principles*, Nueva York, P.F. Collier and Son, MCMII, p. 327 y 477 y ss.

ritmo de sus funciones industriales marchará día tras día y año tras año con perturbaciones comparativamente insignificantes”.<sup>8</sup>

Tiempo entonces del moderno príncipe, tiempo de la corporación. Más allá de las crisis, del militarismo, del estatismo, del democratismo y de “todas las formas de distribución comunista”, la corporación presenta las grandes respuestas industriales de la previsibilidad, la productividad, la organicidad y la científicidad. Y aún más importante: al sacudir la homogeneidad congelada e improductiva de las fórmulas militaristas, estatistas o socialistas, la corporación reproduce dentro de sí la mecánica universal de la supervivencia de los más aptos y la circulación, e imposición, de los mejores que salva al individuo y a la ganancia. “Una corporación de negocios, equilibrada en tanto puedan estarlo teóricamente las autoridades de sus miembros, se convierte en la práctica en una unión en la cual la autoridad de un socio se reconoce de manera tácita como superior a la del otro o a la de los otros. Aunque los accionistas hayan concedido iguales facultades a los directores de su compañía, las desigualdades de poder surgirán al poco tiempo entre ellos, y por lo regular la hegemonía de algún director particular crece tan distintivamente que sus decisiones determinan la dirección que toma la junta directiva. Tampoco en las asociaciones dedicadas a propósitos políticos, de caridad, literarios o de otro tipo dejaremos de encontrar un proceso similar de división entre sectores dominantes y sectores subordinados, cada una con su líder, sus miembros de menor influencia y su masa de miembros sin influencia. La clave de las desigualdades sociales nos es proporcionada por esos micromodelos en los que se observa que los grupos desorganizados que mantienen relaciones homogéneas van transformándose gradualmente en grupos organizados que mantienen relaciones heterogéneas”.<sup>9</sup>

Atractivo en la Inglaterra victoriana, sobre todo si a la dimensión corporativa se añade la dimensión racial e imperialista, el darwinismo de Spencer resulta atractivísimo en los Estados Unidos que vive, tras la Guerra de Secesión, el incontenible proceso de la consolidación monopolista y los primeros grandes tanteos imperiales en el Caribe y el Pacífico. Una filosofía que rescata al liberalismo económico y lo compatibiliza con el nuevo contexto superorgánico no puede ser más que bienvenida, como lo será su autor a lo largo de su vida. Nada entonces con la defensa a ultranza del liso *laissez faire* que suele achacársele: la ciencia de Herbert Spencer traduce la desconfianza radical del capitalismo monopolista anglosajón ante el socialismo y el Estado a la prusiana. A los Bismarcks,

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 503 y 504.

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 419 y 420.

dígameles que, con el industrialismo “desaparecen necesariamente casi todas las organizaciones públicas, salvo las de la administración de justicia, porque poseen en común ya sea la característica de agredir al ciudadano dictándole sus acciones o la de arrebatarle más propiedad de la necesaria para protegerlo, o ambas”. A todos dígame que el estrechamiento relativo de la esfera pública significa “la ampliación relativa de las organizaciones privadas” y que en el grado en que éstas existan disminuye la esfera artificial de lo político y lo centralizador. “Cualquier estructura que no forme parte de la estructura del Estado sirve más o menos para limitarlo y para cerrar el paso a la subordinación absoluta que exige.”<sup>10</sup>

“Sostengo que la forma de sociedad hacia la cual vamos progresando es la forma en la cual el *gobierno* será reducido a la más pequeña de las dimensiones posibles y la *libertad* se incrementará al mayor de los niveles posibles —afirma Spencer en sus razones para disentir de Comte— una forma en la cual la naturaleza humana será moldeada de tal manera por la disciplina social para adaptarse al Estado social que requerirá escasa restricción externa y se restringirá a sí misma”.<sup>11</sup> ¿Utopía empresarial? Desde luego que no, y menos para una clase dirigente norteamericana que se prepara para los usos militares y represivos del Estado. Replegarse en el liberalismo de Spencer no es sino proteger los márgenes de acción (y especulación y acumulación) necesariamente espontáneos de las grandes unidades de capital. Con él se busca transferir la condición de totalizador social al elemento organizativo que garantiza “la completa consonancia entre las constituciones representativas de las combinaciones privadas y la constitución representativa de la combinación pública que vemos apropiada para la sociedad industrial”. Poco hay pues de libertario allí donde “la ley de la organización” impone la disciplina de lo corporativo: “para preservar su vida corporativa, una sociedad es impulsada a la acción corporativa, y la preservación de su vida corporativa es más probable en proporción directa a lo más completa que sea su acción corporativa. Para propósitos ofensivos y defensivos, las fuerzas de los individuos han de combinarse; y donde todo individuo contribuye con su fuerza aumenta la probabilidad del éxito”.<sup>12</sup>

La legitimidad que aporta el darwinismo spenceriano no puede ser tomada en bloque por el rectorazgo norteamericano. Una cosmología del imperativo corporativo (y el imperativo imperial) se presta en sus

<sup>10</sup> Herbert Spencer, *Principles of Sociology*, p. 507.

<sup>11</sup> Herbert Spencer, “Reasons for Dissenting from the Philosophy of M. Comte” (1864), en *Reasons for Dissenting from the Philosophy of M. Comte and Other Essays*, by Herbert Spencer, Berkeley, The Glandessary Press, 1968, p. 17.

<sup>12</sup> Herbert Spencer, *Principles of Sociology*, pp. 544 y 500, respectivamente.

pretensiones universalistas a lo doctrinario, a lo rígido y lo dogmático. Además, el impersonalismo y el naturalismo de las categorías evolucionistas choca con los modelos de razonamiento idealistas y voluntaristas establecidos en los niveles altos por el trascendentalismo y en los niveles medios y bajos por la mitología (y la teología) de los “barones salteadores” y los personajes de Horatio Alger que ascienden “de los andrajos a las riquezas”. A pesar de las últimas coincidencias elitistas y expansionistas entre el evolucionismo y la cultura intelectual (y anti-intelectual) norteamericana, será necesario tender los puentes que dimensionen humanamente (y manipulativamente) los corolarios selectivo-social-naturales de aquél.

A ello contribuye la *Physics and Politics* del también británico Walter Bagehot (1826-1877). Influyente en William James, Woodrow Wilson y Frederick Jackson Turner, su vinculación entre evolución y política se ubica filosóficamente en medio del indeterminismo y sus premisas de la inteligencia y la voluntad creadoras y el “necesarismo” que postula que “no hay inteligencia sino sólo materia” o que tanto la inteligencia como la materia son modificaciones de alguna *tertium quid* o fuerza oculta. En una línea que entrevera a Darwin y a Carlyle, Bagehot mantiene que la innovación social es obra de los individuos extraordinarios que desempeñan en la colectividad el mismo papel que juega la variación en la teoría de la evolución. “Existe la extraña idea por parte de quienes adoptan lo que se llama la ‘visión científica’ de la historia de tasar levemente la influencia del personaje individual. Tan razonable como ello sería decir que quienes adoptan una perspectiva científica de la naturaleza necesitan pensar poco en la influencia del sol. Desde la perspectiva científica, un gran hombre es una gran causa nueva, compuesta o no por otras causas (y es que yo no planteo, ni aquí ni en ninguna otra parte de este trabajo, la cuestión del libre albedrío) pero, en todo caso, nueva en todos sus efectos y en todos sus resultados”.<sup>13</sup>

Desviándose del optimismo industrialista de Spencer, Bagehot testimonia (y legitima) la militarización de las grandes potencias occidentales que aparece como preámbulo del milenio de la paz mundial”. Puesto que la “selección natural” hace de la historia “una historia de las oligarquías” y puesto que, para elevarse, la humanidad requiere mucho más de la desigualdad que de la igualdad, la iniciativa inalterable de la “élite superior” forja en la organización militar “las virtudes preliminares” de la disciplina y la cooperación. Aunque el individuo extraordinario y la élite reten-

<sup>13</sup> Walter Bagehot, *Physics and Politics* (1867-1872), en la Great Books Library de *The Great Ideas Today*, 1968, William Benton, Publisher, Encyclopaedia Britannica, Inc., Chicago, London, Toronto, Geneva, Sydney, Tokyo, Manila, 1968, p. 447.

gan su poder histórico, lo fundamental es integrar “el don de la innovación conservadora” en el giro corporativo-marcial de la sociedad moderna —“el progreso del *hombre* requiere de la cooperación de los *hombres* para su desarrollo”. Una dialéctica de la selección y la cohesión, tal y como la ofrece el oeste norteamericano de los días de Bagehot, despunta como paradigma: “el primer principio de la cuestión es el de que el hombre solamente puede progresar en ‘grupos cooperativos’”; búsquese entonces la *felt union*, el “intenso vínculo cooperativo”, que a la vez que abrigue “el sentido de la privacidad”, proporcione con la religión “la confianza en el universo”, con el nacionalismo la “agrupación cooperativa hereditaria” y con la organización “la ventaja militar natural”.<sup>14</sup>

Sería sumamente simplista el asignar a Spencer una influencia norteamericana circunscrita a lo corporativo, y a Bagehot una circunscrita al nacionalismo expansionista. Y es que autonomizar en dos órbitas lo corporativo y lo imperial resulta abstracto y falso, por más que Spencer (y con él William Graham Sumner) oponga el industrialismo a la etapa “evolutivamente superada” del militarismo. Por otra parte, la desvertebración (y “des-cosmologización”) del evolucionismo spenceriano impuesta como condición de viabilidad ideológica —jamás de monopolio ideológico— aporta una concepción del mundo tan plástica que, a diferencia del marxismo, puede acomodarse irregularmente (y de acuerdo a la oportunidad) en todos los niveles de la cultura, de la filosofía, del sentido común, del folklore y de la religión. Un tanto a la inversa, en el primer plano, el evolucionismo disciplina el elitismo voluntarista y magnetista de los *trustees* sociales del Ralph Waldo Emerson (1803-1882) que ya antes anotaba cómo “la ambición de crear valor” convertía en Inglaterra “al gobierno en una corporación manufacturera y a cada hogar en un taller”<sup>15</sup>; en los demás planos, el evolucionismo atempera las expectativas inmoderadas en torno a la movilidad social o la democracia e impulsa los hábitos de productividad mediante los sanos correctivos de la ciencia positiva.

De alguna manera oficialmente, los llamados a la síntesis intelectual son los jóvenes del Club Metafísico de Harvard que diseñan en el pragmatismo la filosofía nacional norteamericana. Pero “americanizar” a Darwin es una empresa desigual. Ello lo prueban John Fiske (1842-1901) y William James (1842-1910). De los dos, Fiske no renuncia a la cosmología y desde 1874 (*Cosmic Philosophy*) reconcilia ciencia y teología, transforma la vieja Providencia en la nueva Selección Natural, intercam-

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 490.

<sup>15</sup> Ralph Waldo Emerson, “Wealth”, X., de los “English Traits” (1856), en *The Complete Essays and Other Writings of Ralph Waldo Emerson*, edited, with a biographical introduction, Nueva York, Brooks Atkinson, The Modern Library, 1940, pp. 604 y ss.

bia el calvinismo y el naturalismo y acerca a Spencer y a Nietzsche. Desde la perspectiva del psicologismo, James desafía, a su vez, a “la visión evolucionista de la historia que niega la importancia vital de la iniciativa individual [y que] es, por lo tanto, una concepción completamente vaga y no científica, un desliz del determinismo científico moderno en el más antiguo fatalismo oriental”. De aquí que el impersonalismo organicista a la Spencer haya de atenuarse en la dialéctica (o mecánica) del individuo y el medio ambiente social, dialéctica (o mecánica) de abierta connotación corporativa, jamás socialista. “Ahora, afirmo que la relación del entorno visible con el gran hombre equivale en lo fundamental a lo que es la ‘variación’ en la filosofía darwiniana. Antes que nada, aquél lo adopta o lo rechaza, lo preserva o lo destruye: *lo selecciona en suma*”.<sup>16</sup>

Ni a James ni a Fiske corresponde, sin embargo, la elaboración y divulgación del elitismo corporativo como la categoría base del pluralismo político norteamericano a sancionarse en 1908 con *The process of government* de Arthur Bentley. Ciertamente que las imágenes jamesianas del pluriverso bursátil y contabilista y la noción fiskeana de la *christian stewardship* del capitalismo corporativo sobre la sociedad norteamericana cubren los flancos extremos de esa categoría, los de la filosofía y la religión. No obstante, como todas las aristas mayores de la ideología norteamericana, la efectividad y la contundencia del darwinismo se cifra más en su capacidad de arraigarse en las zonas del sentido común y la cultura y el inconsciente populares, que en la de formularse definitivamente en los planos de la inteligencia teórica. Visto de este modo, hay razón para que William Graham Sumner (1840-1910), Andrew Carnegie (1835-1919) y Elbert Hubbard (1856-1915), no pertenezcan a una misma especie de intelectual orgánico. Sumner es profesor en Yale y el gran pensador de la derecha liberal económica que se prolonga hasta nuestros días; Carnegie es el industrial de la era de los monopolios y es pragmático, despiadado y loador de la democracia; Hubbard es comerciante en jabones y en ideas y vulgarizador (en todos los sentidos) del capitalismo catequístico que llega al corazón y la acción de las almas simples.

En William Graham Sumner, ávido lector, desde 1873, de Herbert Spencer, hallamos al teórico intranquilo ante “los nuevos y desconocidos elementos, las combinaciones incalculables y los cambios imprevisibles” que depara la “vasta y complicada organización industrial” a los Estados Unidos. Su evolucionismo aloja, empero, un mecanismo que permite anticipar la relativa moderación de las transformaciones que se avecinan. “La organización social es producida por la reacción entre el entorno y

<sup>16</sup> William James, “Great Men and Their Environment” (1880), en *The Will to Believe and other essays in popular philosophy* (1897), Dover Publications, Inc., 1956, esp. pp. 245 y 226.

la sociedad en el proceso del tiempo. En cualquier época, el orden social existente determina el carácter de la gran masa del pueblo: solamente la élite en medio de ella reacciona en contra de él y lentamente lo moldea de generación en generación”.<sup>17</sup> Es alentador, entonces, que la élite industrial moderna no se integre por individuos políticamente elegidos, sino por individuos “seleccionados naturalmente” y cuyo mérito social está en proporción directa al capital que han acumulado. “Los millonarios son el producto de la selección natural que actúa sobre el cuerpo total de los hombres escogiendo a aquellos que reúnan los requisitos para cumplir una determinada función. Desde este punto de vista, son exactamente como los grandes estadistas o los científicos o los militares. Es por el hecho de ser así seleccionados, que la riqueza —tanto la suya propia como la que se les confía— se multiplica bajo sus manos. Dejad que uno de ellos cometa un error y veréis con qué rapidez la concentración da lugar a dispersión”.

Aunque la evolución sancione al millonario, ella misma corrige la arrogancia individual y traza imperativos organizativos inescapables: “el capital, para ser efectivo, debe estar en unas cuantas manos, por la simple razón de que hay muy pocos hombres que sean capaces de manejar grandes agregaciones de capital”. La corporación, dentro de la cual apenas si cabe distinguir entre las fortunas individuales y “las agregaciones pertenecientes a accionistas”, se dibuja para Sumner como “la integración más perfecta de todas las funciones sociales”. Perfecta en el sentido de la eficacia, que no en el de la democracia —y aquí la ley de hierro de la corporación. “Nuestra época está embaucada por la ‘democracia’; oímos argumentos acerca de la organización industrial que o son deducciones de los dogmas democráticos o que apelan al prejuicio utilizando analogías inferidas de la democracia para influir en el sentimiento acerca de las relaciones industriales. La industria puede ser republicana; jamás puede ser democrática en tanto los hombres difieran en poder productivo y en virtud industrial. En nuestro tiempo, las compañías por acciones, que en su forma son republicanas, tienden a volverse oligarquías o monarquías porque uno o unos cuantos logran mayor eficiencia en el control y mayor vigor en la administración. Ellos dirigen la empresa a manera de que produzca más, o más económicamente. Tal es el propósito para el cual existe la organización, y el tener éxito en ello queda por encima de cualquier cosa”.<sup>18</sup>

<sup>17</sup> William Graham Sumner, “Advancing Social and Political Organization in the United States” (1896 ó 1897), en *The Conquest of the United States by Spain and Other Essays*, edited with an Introduction by Murray Polner, Henry Regnery Company, Chicago, sin fecha, p. 107.

<sup>18</sup> William Graham Sumner, “The Concentration of Wealth: Its Economic Justification”

Lo urgente ahora es que el imperativo evolutivo-oligárquico no se circunscriba a la corporación entendida como entidad empresarial, por más que allí se evidencie nítidamente la productividad de la *élite natural*. Al trascenderla, la (relativa) confianza de Sumner se vuelve abierta suspicacia, no tanto hacia el sufragio universal (que sabe –y teme– manipulable) cuanto hacia los dos grandes recursos que la ingeniería política de su tiempo diseña para neutralizar aquél y corporativizarse ella misma: el estatismo y el pluralismo. Las coincidencias de Sumner con los dictados del capitalismo financiero se dan entonces sólo por un tramo, si bien vital. Valerse del *laissez faire* es una de ellas, y sirve contra el Estado y contra su vía democrática de acceso, el Parlamento. Una sociedad que se acelera en “la cantidad, la variedad, la complicación y la fragilidad de sus intereses” no puede confiarse ni al sufragio ni a la demagogia, la filosofía o “la corrección de principios”.

Sin embargo, discordante con las nuevas fórmulas conciliatorio-corporativas del nuevo capitalismo, Sumner denuncia a los partidos que ya no representan “las convicciones comunes en cuestiones de política general” y ceden su lugar a “los pequeños grupos de representantes de ciertos intereses”. Pero la iracundia moral-industrial de Sumner ante “el inmenso poder del *lobby*” no obedece a su esencia capitalista, sino al miedo de que “su corolario lógico e institucional deba ser el de que los no propietarios, si se unen, formen el mayor grupo de interés, y el de que entonces descubrirían que la manera más fácil para obtener riqueza que se haya inventado hasta ahora es la de capturar un parlamento y, por el voto mayoritario, ordenar que los propietarios de la riqueza la cedan a los no propietarios”.<sup>19</sup>

Si finalmente, ambiguo y entre pesimista y no, Sumner declara que no ve “ninguna fuerza en la sociedad moderna que pueda hacerle frente al poder del capital manejado por el talento” y no duda “que la mayor de las fuerzas controlará a las demás fuerzas”, hay en él una última y spenceriana voz de alerta ante el belicismo expansionista y exportador que cierra el siglo XIX. Confiado mucho más en la eficiencia corporativa (civil) del capitalismo norteamericano a punto de transnacionalizarse, que en la absurda y torcida soberanía política o militar, Sumner juzga ultrajante (y anti-económico) que los Estados Unidos sucumban en 1898 a la tentación imperial tras “la insignificante campaña de tres meses en la que se rompiese en pedazos a un Estado pobre, decrepito y en bancarrota como España”. “En el siglo XX, empero, nuestra peculiar posición como

---

(s/f, en el texto), en *Social Darwinism. Selected Essays of William Graham Sumner*, Introducción de N.J. Stow Persons, Prentice-Hall, Inc., Englewood Cliffs, 1963, pp. 157 y 151-152.

<sup>19</sup> William Graham Sumner, “Advancing Social and Political Organization in the United States”, pp. 133 y 134.

país nuevo desaparecerá en gran medida. Los dogmas del optimismo político que heredamos de los siglos XVIII y XIX serán sometidos a nuevas pruebas que no podrán resistir al haber cambiado las condiciones. Por ahora es evidente que nuestras instituciones políticas están sometidas a una enorme tensión provocada por la pretensión de los Estados Unidos de actuar como el tutor, el protector y el síndico del resto de América. Las instituciones no pueden vérselas con semejante tensión. Fueron planeadas para una confederación de pequeñas repúblicas agrícolas. Pudieron haber bastado para una república de intereses industriales y ciudadanos no ambiciosos. No bastarán para una potencia mundial imperial. Tendremos que elegir entre la Doctrina Monroe y la Constitución de 1787. El poder político se expandirá e integrará, su importancia crecerá económicamente. Una camarilla que pueda controlar al gobierno federal tendrá un poder de engrandecimiento propio como el que jamás hayan tenido otros hombres hasta ahora”.<sup>20</sup>

Legado perturbador, y minimizable por eso en el mapa intelectual norteamericano, el de Sumner avisa mejor que el de ningún otro teórico del capitalismo —incluidos los Hayeks o los Friedmans— la desincronización de lo político y lo económico bajo el capitalismo avanzado, y la contradicción entre el corporativismo elitista y el imperialismo simplemente depredador y burocratizador. Al revés de Henry Adams que deplora la regimentación e indefensión del individuo y la supresión de la creatividad política que la corporación acarrea consigo, William Graham Sumner lamenta el potencial de indocilidad de la ilógica política ante la lógica económica que vendrá de la intersección militar del Estado en la vida productiva, y tiembla ante la eventualidad de que ese Estado subvertida y arruine el proyecto lmpidamente productivista del empresario industrial. De aquí que lo que Adams ve como la unidad consustancial del corporativismo y el imperialismo por la vía de la mismísima democracia sometida al dinero, en Sumner no aparezca sino como una monstruosa aberración histórica, como la intrusión del elemento exógeno del imperialismo en el edén evolutivamente predestinado al millonario y jamás al político, al militar o al burócrata.

Andrew Carnegie comparte con Sumner el temor al imperialismo que juzga artificialmente sobrepuesto al capitalismo industrial norteamericano. Su análisis de los costos económico-políticos de la “adquisición territorial” que contrapone a la mera “expansión comercial” le lleva a contabilizar, desde el dudoso “privilegio” económico de las nuevas posesiones hasta el factor transporte-distancia en el caso de las Filipinas o

<sup>20</sup> William Graham Sumner, “Economics and Politics” (1905), en *The Conquest of the United States by Spain*, pp. 235 y ss., p. 248.

los riesgos de guerra con las potencias europeas. Lejos de Adams, cerca de Sumner, Carnegie mantiene todavía a finales del siglo la posibilidad de que los Estados Unidos opten por “dos caminos”, uno de “seguridad, paz, prosperidad, civilización, republicanism; otro de peligros, impuestos, sacrificio de vidas, guerras, militarismo, imperialismo”.<sup>21</sup> Confía en que, siguiendo el primer camino, apegándose a la democracia como “el reino de la paz”, los Estados Unidos continuarán su prodigioso “éxito republicano” en la industria. Benjamin Franklin del capitalismo corporativo, Andrew Carnegie es así, al mismo tiempo que el prototipo viviente de la evolución, el evangelista de su sentido común satisfecho por el republicanism que ensombrece a la “clase hereditaria” y gira bulliciosamente alrededor del “todopoderoso dólar” y por el sistema partidista que, permitiendo la competencia, no busca “ningún cambio en cualquiera de las leyes fundamentales”; el evangelista satisfecho, en suma, por un constitucionalismo tan elástico y plegable a la evolución que no entorpece “la concentración de capital” y asiente a la filosofía de que “el sistema más grande desarrolla hombres más grandes, y es en función de los grandes hombres que se eleva el *standard* de la raza humana”.<sup>22</sup>

Con Spencer, a quien lee desde 1870 y con quien viaja en 1882, Carnegie apunta desde el primer tomo de su *Democracia triunfante* que históricamente “nadie puede pronosticar hasta qué punto está destinada a llegar la concentración de capital. La supervivencia de los más aptos significa aquí la supervivencia de los más económicos; y el hecho de que los grandes establecimientos son más económicos que los pequeños queda demostrado por la no supervivencia de los últimos”. Apartándose de la geometría evolutiva del maestro, aproximándose a Emerson, Bagehot o James, Carnegie no se olvida de sí mismo como gran hombre y de sí mismo como el consolidador, en 1900, del primer monopolio billonario: la U.S. Steel. Por ello su Evangelio de la Riqueza bosqueja la dialéctica-elitística del gran hombre y la gran corporación. “Que el talento para la organización y la administración es raro entre los hombres lo corrobora el hecho de que invariablemente asegure enormes riquezas a su poseedor, sin importar de dónde o bajo qué leyes o condiciones. Los experimentados en los negocios aprecian siempre al *hombre* de cuyos servicios pueden valerse, no solamente como un socio de primerísima calidad sino como alguien cuya falta de capital apenas si merece considerarse en tanto que

<sup>21</sup> Andrew Carnegie, “Should the United States Expand?” (1899), en William Jennings Bryan *et al.*, *Republic or Empire? The Philippine Question*, Chicago, The Independence Company, 1899, pp. 89 y ss., esp. p. 99.

<sup>22</sup> Andrew Carnegie, “Popular Illusions About Trusts” (Mayo, 1900), en *The Gospel of Wealth And Other Timely Essays*, Andrew Carnegie, edited Edward C. Kirkland, The Belknap Press of Harvard...

esos hombres crean capital rápidamente y en tanto que, sin el talento especial requerido, el capital vuela rápido. Los hombres como ellos van interesándose más y más en las firmas o corporaciones que manejan millones; y, estimando tan sólo el interés simple sobre el capital invertido, resulta inevitable que el ingreso deba exceder a sus gastos y que ellas deban por lo tanto acumular riqueza”.<sup>23</sup>

El imperativo productivo conduce así a reconsiderar las expectativas *over-sanguine* de la democracia precarnegieana. El paternalismo de quien concentra “los ahorros de los muchos para dirigirlos hacia un fin” descubre que la vieja democracia desvinculada de la productividad, debe encarar ahora “el problema de nuestro tiempo”, el de “la apropiada administración de la riqueza”. Más allá de la “mano invisible” de Adam Smith, sin romper empero con Adam Smith, lo fundamental es que la vida pública se organice para la revolución (“altamente beneficiosa”) que superará por un lado “la debilidad de las masas” y por el otro la eventualidad del “millonario egoísta”, que estructurará la sociedad como una inmensa *business trusteeship* en la que pobres y ricos establecerán una “relación armoniosa”. Código republicano, el del “hombre de riqueza” será uno de modestia, servicio y cálculo social: “con ello, el hombre de riqueza se convierte en el mero agente y fideicomisario de sus hermanos más pobres, a los cuales sirve con su sabiduría, experiencia y habilidad superiores para administrar y hacer las cosas mejor de lo que ellos las harían o podrían hacerlo en bien de ellos mismos”. Bajo ese fideicomiso actualizadamente cristiano de la plusvalía social, “las leyes de la acumulación serán dejadas en libertad; las leyes de distribución también lo serán. El individualismo continuará; no obstante, el millonario será el *trustee* del pobre: temporalmente a cargo de una gran parte de la riqueza incrementada de la comunidad, la administrará empero infinitamente mejor de lo que ella lo haría o podría hacerlo para sí misma”.<sup>24</sup>

Los elementos que Sumner y Carnegie no enuncian en los niveles de la filosofía y el sentido común empresarial —el antintelectualismo, el antirreformismo, el imperialismo, el disciplinarismo obrero o el paralelismo entre el espíritu gerencial y el espíritu marcial— pueden enunciarse vigorosamente en la agolpada ensayística con la que Elbert Hubbard enriquece el folklore capitalista norteamericano y mundial. Ante “todas las formas del socialismo” que van del anarquismo y el “socialismo mar-

<sup>23</sup> Ver Andrew Carnegie, *Triumphant Democracy of Fifty Year's March of the Republic* (1886), primer tomo, Port Washington, N.Y./London, Kennikat Press, 1971 pp. 227 a 230, y “The Gospel of Wealth” (Junio, 1889), en *The Gospel of Wealth and Other Timely Essays*, *op. cit.*, p. 17.

<sup>24</sup> Andrew Carnegie, “The Gospel of Wealth”, *op. cit.*, pp. 25 a 28.

xista” hasta el ateísmo, el gremialismo a la Gompers y el progresivismo de sus días, despreocupándose de la más mínima congruencia intelectual, Hubbard invoca en defensa de sus “oprimidos”, los *rich underdogs*, lo mismo al determinismo spenceriano que al voluntarismo curanderista del “pensamiento positivo” a la Mary Baker Eddy o combina sin dificultad la *hero worship* de Emerson y Carlyle con la superioridad de la *business class* sobre la masa de los incompetentes y los “moralmente deformes”. Quienes sobresalen a esa óptica no pueden ser otros que los Rothschild, los Carnegie, los Hill, los Morgan o los Ford (*road-builder* y “hombre del futuro”): al lado de los grandes de la Antigüedad, sus estaturas alcanzan dimensión mágico-popular en las *little journeys* a sus hogares que el servicial Fray Elbertus emprende mes a mes y durante quince años.

A pesar de ese culto, y al igual que Pareto, Hubbard se plantea en su opúsculo *The superior class* el problema inquietante de la decadencia de las élites, sobre todo si se trata de las aristocracias no-norteamericanas —“la tercera generación de ‘la clase superior’ es impotente”. Buena así, la superficial cultura romanista de Hubbard le hace ver en la corporación el único elemento capaz de contener aquella decadencia. “La corporación tuvo su origen en el fértil cerebro de Julio César y se fundó sobre la idea de la Décima Legión que jamás moría”. Ahistórica, y por ello medularmente capitalista, la utopía hubbardiana gira alrededor de las fórmulas de inmortalidad de la corporación. “La moderna compañía por acciones está erigida basándose en la idea romana y tuvo su evolución en Inglaterra hace alrededor de doscientos años”, afirma Hubbard sin meterse en honduras historicistas. “Una centena de hombres podían salir e iniciar una colonia comercial inglesa. Cada hombre representaba una porción del interés [total]. Poseía el privilegio de vender su parte del capital a cualquier otra persona y, al morir, de transmitirla a su hijo mayor”.<sup>25</sup>

Una advertencia: anticipándose a las teorías sobre la socialización del capital o la democracia accionaria, Hubbard no deja de recelar de que “los *trusts* lo estén preparando todo para el socialismo”. Del socialismo, Hubbard sabe que “su doctrina de alcanzar la utopía mediante el despido de los hombres que hoy administran las cosas es la doctrina de la desesperación”. De aquí que haya que impedirle utilizar en su favor los dispositivos natural-evolutivos del *trust* volviéndolos de repente, y sin recato, dispositivos voluntaristas y hasta populares. Aunque los *trusts*

<sup>25</sup> Ver Elbert Hubbard, “The Superior Class”, sin fecha, y “An Easy Lesson in Evolution”, en *Selected Writings of Elbert Hubbard*, Nueva York, Wm. H. Wise & Co., 1928, p. 216, y p. 40.

representen “una fase de la evolución humana, etapas o ciclos por los cuales debe pasar la humanidad” y por ello sean buenos “y no podamos ni regresarnos ni darles la vuelta”, el no muy lógico Hubbard insiste ahora en que “los *trusts* fueron hechos por el pueblo (*the people*) y es el pueblo el que puede y el que habrá de deshacerlos si alguna vez se evidencia que son una maquinaria de opresión”. Otra advertencia mayor: para que operen como “algo bueno en tanto economizan energía, detienen el desperdicio, incrementan la producción y hacen que el pánico sea imposible”, jamás deben someterse a “esa cosa inerte, grasienta y obesa, la mayoría popular”; oponiendo “el juicio de la mayoría incapaz al juicio de los pocos juiciosos”, el empresarialismo de Hubbard añade a la legitimidad organizativo-militar una legitimidad cuasi-divina. “La empresa moderna es el capataz más exigente. Demanda: ‘No tendréis ningún otro Dios delante de mí’. Exige toda onza de energía que tenga su devoto. Pensar en ‘pasarla bien’ no corresponde al hombre de negocios. Trabaja y trabaja éste eternamente. Trabaja porque no puede dejar de hacerlo. ¡Y éste es el hombre que los socialistas van a mandar al desierto!”.<sup>26</sup> Como el de los que le preceden, el corporativismo de Hubbard implica la reconsideración de la democracia, que no su rechazo. La acumulación de capital y la competencia-cooperación de las élites corporativas en la expansión continental y ultramarina, requiere un espacio político que, al menos en las condiciones norteamericanas de aquella época, no es el espacio del fascismo. La democracia tutelada por el *trustee* de Carnegie se vierte, es cierto, más descarnadamente en “la democracia aplicada en beneficio del hombre fuerte” de Hubbard; en ambos casos, la “democracia trústica” (válganos el barbarismo) traduce no obstante con demasiada obviedad el sentido (real) de la hegemonía capitalista. Por ello, será sin duda más perdurable el rescate del liberalismo que logra Sumner al elevarlo a “economía moral universal”, a contralor natural-evolucionista-organicista de la democracia. “Ironía de la democracia”: a los excesos de la “tiranía de las masas”, a su posibilidad, se antepone el sentido de libertad, propiedad, mercantilidad, verticalidad y selectividad de las élites. Ni en Spencer ni en Sumner hay, un “liberalismo *naive*” o cosa parecida. La *upward evolution* del mercado y la empresa y su estructura superorgánica y sus funciones *standarizadoras* aporta un liberalismo avalado por la ciencia que moderniza, modera y dinamiza, empresarializa la vida pública; es postular una *management* ideológica cuyas “reglas del juego” lo mismo dictan la masificación económica que el individualismo político, o lo mismo “equilibran” la democracia que la utilizan como recurso represivo.

<sup>26</sup> Ver Elbert Hubbard, “Trust Busting”, “Co-operation” y “Purpled Ease”, sin fecha, en *op. cit.*, pp. 351 y ss., 226 y 28 y 29, respectivamente.

Es justamente en los años en los que Max Weber celebra la ética puritana norteamericana cuando sus exponentes declaran el fin del individuo des-organizado y des-adaptado de la era premoderna. Por un lado, las élites corporativas prolongan lo cualitativo social ante lo meramente cuantitativo, masivo y popular; por el otro, los “nuevos individuos” subordinados y extraños entre sí, los pos-ciudadanos en estricto sentido, alcanzan su verdadera libertad, la biológica, en la capacidad para “optar entre las cosas en el mercado”. Más allá del partido o del parlamento, la fábrica y la oficina quedan como el escenario de la selección y la jerarquía naturales: la vieja razón revolucionaria cede su lugar a la nueva racionalidad industrial y la artificialidad-destructividad de la lucha política a la naturalidad-productividad de la cooperación, la gerencialización, la verticalización y la “trustificación” de la conciencia. La fluidez del pluralismo bipartidista y publirrelacionista, expresión de la “política pura”, posideológica y posclasista no sólo impide la autonomía del Estado sino que asegura el aserto spenceriano de que, “en adición al sistema regulador político, ha surgido un sistema regulador industrial que ejerce independientemente su función coordinadora —un plexo separado de ganglios conectados entre sí”.<sup>27</sup>

¿Son dos Estados o tres, los de Spencer cuando añade “un tercer sistema” equivalente al vasomotor y que regula mediante “el sistema de bancos y organismos financieros asociados que prestan capital”? Desde luego, la hegemonía es una, si bien el “liberalismo colectivista” que acopla al Estado y al capital y sus instituciones industriales, financieras y civiles no está exento de contradicciones. Baste recordar las que se dan entre la competencia mercantil y electoral y el dirigismo tecnogerencialista, el asistencialismo estatal y la filantropía privada, la inorganicidad democrática y la organicidad corporativo-militar. Lo importante es que el híbrido supraclasista, nacionalista y negocialista norteamericano elude tanto el *saltum mortale* al socialismo (Walter Weyl) como la cristalización de una “clase política” tan arcaica como la del positivismo a la Comte o a la Mosca. Porque, y aunque aparezca como el guardián último del proceso democrático, el elitismo corporativo norteamericano es el de una “clase económica”, “civil”, sustraída al flujo político y no obstante por encima de él, desprendida del proceso electoral en tanto vinculada al proceso selectivo “imparcial” de la administración y el mercado. Sin el multitudinarismo del fascismo plebeyo y sin la arbitrariedad del liderazgo carismático, el pluralismo de la élite corporativa se pliega a la -única normatividad de los modernos, la de la “ley de la organización” dictada por la instancia irreprochable de la ciencia.

<sup>27</sup> Herbert Spencer, *Principles of Sociology*, pp. 105 y 106.